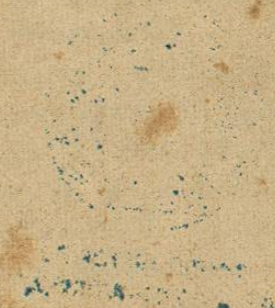




FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

# ELOGIO FÚNEBRE.





---

Pascite qui in vobis est gregem  
Dei ..... forma facti gregis ex  
animo ..... et percipietis im-  
marcessibilem gloriae coronam.  
(1<sup>a</sup>. Epist. B. Petri.  
Cap. V. vv. 2, 3 y 4).

Apacentad la grey de Dios  
que está entre vosotros.....  
sed con el espíritu la forma de  
vuestra grey ..... y recibiréis la  
corona inmarcesible de la gloria.

**Q**UÉ significa, Señores, este lúgubre apa-  
rato?.....

¿Porqué nuestra hermosa Basílica, cual  
reina viuda, ostenta hoy las tristes vestiduras de  
amargo luto....?

¿Porqué se levanta ese túmulo, radiante de  
lucientes antorchas, como los cambiantes de brilla-  
doras estrellas en obscuro firmamento?.....

Ah! Señores. ¡Aun resuenan en mis oídos los tris-  
tísimos cantares de funerarias armonías; unas ve-  
ces como el grito desgarrador y potente que arran-  
ca del corazón atribulado el alma dolorida; y  
otras como los ayes gemebundos del espíritu in-  
fortunado que eleva sus plegarias al cielo!!!.....



¡Ya me parece escuchar los tristes lamentos del coronado Profeta, cuando, embargado por el llanto, exclamó: “Montes de Gelboé, que ni el rocío ni la lluvia vengan sobre vosotros; porque murió el escudo de los valientes y el fortísimo en la guerra.”.....! [1]

¡Ah! sí, parece que aun oigo el eco de las quejas lastimeras que Jeremías pusiera en boca de la Ciudad Santa, que cual viuda desolada llena estaba de pesar inmenso.....!

¡Vuestra enlutada presencia en este fúnebre lugar no hace mas que confirmar mis tristes lamentos.....!

¡Sí, cristianos, la hora de Dios sonó en el reloj de la eternidad, y el ángel de la muerte, pasando por aquí, veloz como el relámpago, envolvió en fúnebre manto al héroe gigante, como gigante fué su misión, inmensa su obra y sublime su gloria.....!

¿Quién es ese muerto? ¿Cuál es ese héroe?

Ah! ¡Ese muerto fué un humilde Religioso; ese héroe fué un Prelado ilustre! Cien años ha que pasó por aquí..... y las lágrimas de la viuda y del huérfano y el infortunio del atribulado corazón son los elocuentes trofeos que, cual regia guirnalda, coronan la tumba del héroe.....! ¡Mudo y sublime lenguaje que agradece los beneficios del Prelado querido! ¡Manifestación grandiosa de que aun vive él en el corazón de un pueblo que hoy, después de veinte lustros, viene reverente á depositar coronas en el título de sus recuerdos!.....

(1) II Reg. 1—21.

¿Quién es, repito, ese héroe.....? ¿Cuál la influencia de su obra en bien de la humanidad?

Yo no descubro, Señores, en esta monumental Basílica, ni en el grandioso mausoleo, ni los distintivos de la opulencia, ni las insignias de ilustre caudillo, ni los símbolos del arte ó de la ciencia profana, ni el aparato de poderoso monarca. Si algo de esto viera no me admiraría; porque á mí no me sorprende, ni á vosotros tampoco, que la muerte arrebate al hombre opulento, ni que haga espirar al guerrero entre laureles, ni que domine al artista y al sabio, ni que suba las gradas del trono y haga rodar las testas coronadas. Nada de esto nos sorprende, porque sabemos muy bien que aquel gran personaje bíblico, que tenía encadenados á sus piés la riqueza, la gloria, el arte, la ciencia y el poder, exclamó: “Vanidad de vanidades y todo vanidad.....” (1)

¿Pero qué, Señores, ni á los héroes de la caridad respeta la muerte.....? ¿Porqué se atreve á paralizar el corazón de que brotara caudaloso torrente que fertiliza los tristes campos de la miseria? ¿porqué.....?

Ah! contemplemos la grandeza sublime del Calvario é inclinémonos reverentes ante el plan amoroso de la misericordia de Dios.....!

¡Qué diferencia, Señores, entre los héroes del mundo y los de la Religión! Los laureles de aquellos se marchitan por el soplo de la tierra; los de estos, son siempre reverdecidos por el soplo del cielo.

(1) Eccl. 1—2.



Mas entre estos últimos héroes ocupa lugar distinguido el gran benefactor cuya sentida muerte siempre lloraremos y cuya grandeza hoy conmemoramos: el Illmo. Sr. D. Fray Antonio Alcalde.

Hace ya un siglo que murió.....!

¡Entonces la ciudad y la Diócesis de Guadalajara gimieron bajo el peso de inmenso dolor!.....

¡Ah! si yo pudiera trasladaros al momento histórico del lamentable suceso, os diria: "¡Mirad exánime á aquél cuyo corazón tanto os amaba! ¡Mirad velado por la muerte el semblante expresivo de grandes virtudes; mirad inmóviles las manos que cubrian con las caricias del consuelo y del socorro á los infortunados y menesterosos!" Yo os enseñaría las lágrimas del huérfano, de la viuda, del enfermo, del necesitado y del poderoso, que entre sollozos exclamaban: "¡Murió el *Pastor amantísimo, el amigo de los que sufren, el padre de los pobres.....!*"

Pero no nos encontramos en presencia de aquel luctuoso acontecimiento, y me falta la impresión dolorosa del momento.

No obstante, tengo que haceros presente la valiosa herencia del héroe que os llenó de beneficios; y tengo la alabanza y la gratitud de todo un siglo y el fallo magnífico de la historia; porque el Sr. Alcalde vive en los monumentos de su obra providencial, en la historia, en el corazón de los mexicanos y señaladamente en los de las Diócesis de Yucatán y Guadalajara; y vive, ademas, así lo espero, en el cielo.

Una prueba de esa vida es esta solemnidad cen-

tenaria: muy justa por cierto; porque si estas fiestas no se celebran en honor de los grandes benefactores de la humanidad, nunca tendrían razón de ser. Mas aunque en la historia de la civilización jalisciense podria mencionar innumerables hombres benéficos, pero ninguno hay que iguale ó exceda á la grandeza del Sr. Alcalde. Sí, el gran Prelado realizó la magnífica teoría relativa al Obispo católico enseñada por el Príncipe de los Apóstoles en las palabras que me sirven de tema. Pastor celosísimo; apacentó la Grey que Dios le confiara, informándola con la fé, la humildad, la caridad y la ciencia; la apacentó con todo su espíritu, con su inteligencia y su corazón, con la vida espiritual y con la vida física: fué la forma grandiosa de la Grey, no solo en su época, sino tambien en las generaciones del porvenir. Por esto el héroe es acreedor á la inmortalidad. Esto es lo que significa el Centenario, y esto lo que venimos á hacer aquí. *Pascite qui in vobis est.....* Mas la aplicación de este texto en el sentido indicado está autorizada por la luminosa y profunda exposición del Angel de las Escuelas.

Yo lamento, Señores, no haber conocido al héroe, no haberlo tratado, no haber escuchado su voz inspirada de apóstol de la ciencia y de la caridad; yo lamento no haber sido iluminado por su inteligencia poderosa é inflamado por su corazón de fuego; pero me creo honrado y feliz al hacer su elogio y al colocar en nombre de la Religión y en representación de un pueblo creyente, noble é ilustrado, la corona de gloria en el monumento del héroe,



Dios Nuestro Señor, que quiere y aprueba la glorificación de los héroes cristianos, me auxiliará con su divina gracia, para desarrollar el siguiente pensamiento que constituye el núcleo de mi discurso:

*El Sr. Alcalde merece por su grande obra religioso-social, derivada de sus excelsas virtudes personales, la apoteosis que corresponde á los mas preclaros héroes de la caridad.*

## I

Por una ley providencial de la filosofía de la historia, los grandes hombres deben ser estudiados en sus relaciones con la época y con los pueblos en que desarrollaron su acción.

Es necesario, por tanto, en el caso nuestro, no perder de vista el estado de la Religión, de las ciencias, de la política, de las instituciones civiles y hasta de las preocupaciones. El Illmo. Sr. Alcalde perteneció al siglo XVIII. Nació el 16 de Marzo de 1701; y si la villa de Cigales, en España, tiene la gloria de haber sido su cuna, varios conventos de la Orden Dominicana, especialmente el de Jesus María, de Valverde, la tienen de haberlo preparado para su gran misión; y cábeles á las Diócesis de Yucatán y de Guadalajara, la honra de haber sido el campo de su acción apostólica y caritativa. (No he investigado, Señores, si el Prelado á que me refiero tuvo riquezas y títulos nobiliarios, porque la humilde gruta, y no el soberbio palacio, es ordinariamente la cuna de los apóstoles de la caridad.)

El Siglo XVIII se señala en la Historia como una edad de grandes agitaciones religiosas, políticas, sociales y científicas. El Protestantismo, venido en el orden religioso por el Concilio de Trento y en la liza científica por el inmortal Bossuet, había concentrado su acción en el laberinto de la política y en los cenagosos y estériles campos de las pasiones desenfundadas. El Jansenismo, lobo rapaz con piel de oveja, perseguía á la verdad religiosa y á la científica. La Filosofía Racionalista, propagada principalmente por la nebulosa *escuela crítica*, obscurecía las inteligencias y empujaba á los pueblos á la anarquía y al sensualismo. Y la literatura satírica y tristemente célebre de Voltaire y su escuela, trató de ridiculizar las instituciones que mas honran y favorecen los verdaderos intereses de la humanidad.

Frutos de la acción de esas fuerzas coligadas fueron: el Cesarismo en una de sus más despóticas manifestaciones, ó sea la expulsión y extinción de la benemérita Compañía de Jesus; la Revolución Francesa con todos sus horrores salvajes y sus incontables infortunios; la ruina de las costumbres causada por la ignorancia y la soberbia; y la miseria producida por el lujo y el egoísmo.....

Las naciones del Antiguo y del Nuevo Mundo se resintieron de esas tremendas convulsiones; y México sintió también los efectos de ese orden de cosas, principalmente con la bárbara expulsión de los Jesuitas, que eran en aquel entonces los apóstoles de la civilización por medio de